

# LIBROS

66

LETRAS LIBRES  
ENERO 2016

**Seamus Heaney**  
• OBRA REUNIDA

**Antonio Ortuño**  
• MÉJICO

**John M. Ackerman**  
• EL MITO DE LA TRANSICIÓN  
DEMOCRÁTICA

**Renata Keller**  
• MEXICO'S COLD WAR. CUBA, THE  
UNITED STATES, AND THE LEGACY OF  
THE MEXICAN REVOLUTION

**Andrea Bajani**  
• SALUDOS CORDIALES

**Alberto Barrera Tyszka**  
• PATRIA O MUERTE

**Fernando Savater y Sara Torres**  
• AQUÍ VIVEN LEONES. VIAJE A  
LAS GUARIDAS DE LOS GRANDES  
ESCRITORES



POESÍA

## Heaney y la autoridad de la poesía



**Seamus Heaney**  
OBRA REUNIDA  
Traducción e  
introducción de Pura  
López Colomé  
México, Trilce/  
Conaculta/UANL,  
2015, 556 pp.

✎ **JESÚS SILVA-HERZOG**  
MÁRQUEZ

En una entrevista publicada en *The Paris Review*, Seamus Heaney hablaba del contenido político de la poesía de Auden. “¿Será demasiado elaborado decir que Auden fue un poeta cívico antes que un poeta político?” La distinción era certera. Auden habló con la voz de la calle, la voz del día. Sus poemas tienen fecha. Heaney apreciaba al hombre preocupado por su tiempo que no cayó en el alegato del panfleto o la alabanza. No podría decirse lo mismo de Heaney. Como Auden, es también un poeta con hondo valor político. Pero el sentido de su compromiso es muy distinto

porque viene de otro ámbito. No es un poeta de la ciudad. Tampoco podría decirse que es, propiamente, un poeta del campo. Situado en el universo de la infancia y el territorio del mito proyecta una voz muy distinta: la de la autoridad poética.

Relación compleja la de la política y la poesía. Ya lo decía Paz: la política envenenó a los mejores hombres del siglo xx: los engañó, los humilló, los enloqueció, los envileció. ¿Cómo ha de hablar el poeta de su tiempo, de los dramas de su historia? Seamus Heaney (Derry, Irlanda del Norte, 1939-Dublín, 2013) no se desentiende de la violencia del presente, del conflicto, de la pasión que ciega y mata. Tampoco elige uno de los bandos en pugna. Su poesía es rechazo simultáneo de la indiferencia y de la idolatría. Su palabra se inserta en el presente para ofrecer sentido, para defender la belleza, para ennoblecer la lengua común, para nombrar los horrores, para iluminar esperanza. Su sentido de responsabilidad poética lo coloca en un sitio equidistante del diletantismo y la militancia. Su autoridad no se eleva por los cielos sino, por el contrario, se entierra. La suya es la autoridad del suelo, de la tierra, de la lengua. No es extraño que su colección poética más extensa lleve ese nombre: *suelo abierto*. Lo supo desde los poemas de *Muerte de un naturalista*: su pluma no es surco de tinta, es hendidura en la tierra. Escribir es cavar, escombrar, sembrar, sepultar, exhumar. Autoridad de la tierra, del suelo generoso. El abrazo que nos envolverá hasta el fin de los tiempos.

Durante los años setenta, tiempos de violencia, de quemantes disyuntivas en Irlanda del Norte, una línea de Shakespeare rondaba su cabeza. Venía del soneto 65: frente al devastador imperio del tiempo que todo lo carcome, ¿cómo podría la belleza exponer sus argumentos? ¿Cómo podría hacerlo si su energía tiene la flacidez de una flor? Tal vez la obra de Heaney es el anhelo de contestar

esa pregunta: defender la belleza sin rehuir las afrentas del horror. Hacer de la poesía un testimonio de la esperanza. La poesía como energía reparadora: “la imaginación que obliga a retroceder a la opresiva realidad”.

Editorial Trilce ha reunido los seis libros que Pura López Colomé ha traducido al español a lo largo del tiempo. La edición no es solo impecable, es ingeniosa. Acoge la versión original sin engordar el volumen hasta lo inmanejable, esconde poemas en donde menos se espera. La versión de López Colomé es admirable. Sus versiones cuidan sentido y sonido. La pedregosa música de Heaney encuentra en nuestra lengua nuevos aires. El primer regalo de Heaney es, sin duda, la delicia de su sonido: guijarros que se saborean en el paladar, los labios y los dientes. En el español de Pura López Colomé, esa rocosa melodía encuentra otro instrumento.

*Incertus* fue el primer nombre con el que Heaney firmó sus poemas. Vacilante, indeciso sobre el sitio y el papel de la poesía. Hacer o contemplar. *La isla de las estaciones* es, tal vez, el libro en que el poeta confronta sus vacilaciones. Un peregrinaje hacia el tono. Los fantasmas lo acosan para exigirle lealtad. El cura, el profesor, el primo asesinado le exigen la entrega de su palabra. Otro fantasma, Joyce, lo rescata:

Su voz, remolino de las vocales de  
[todos los ríos,  
regresó a mí, aunque aún no hablaba,  
una voz como de fiscal o de cantante,  
astuta, narcótica, mímica, definida  
como de punto metálico de pluma,  
[rápido y limpio.  
De pronto golpeó un cesto de basura  
con el bastón, diciendo: “Tu  
[obligación  
no queda anulada por un rito  
[cualquiera:  
lo que te corresponde debe hacerse  
[a solas,

así que reanímate. Lo principal es  
[escribir  
con un placer profundo. Cultiva un  
[anhelo de trabajo  
que imagine su puerto como tus  
[manos de noche,  
soñando el sol en la peca de algún  
[pecho.  
Has ayunado, estás aturdimiento, eres  
[peligroso.  
He aquí el punto de partida. Y no  
[seas tan solemne  
que otros se cubran con sayal y con  
[cenizas.  
Déjate ir, suelta amarras, olvida.  
Has escuchado suficiente. Ahora  
[emite tu propia nota.”

La lealtad a la poesía no llama a ninguna traición. Como Brodsky, Miłosz y Herbert entendió que la poesía debía alejarse tanto del fanatismo como de la indiferencia. Imposible negar el presente común. Política y poesía son para él, a final de cuentas, dos afanes de la cohesión.

“La comunidad a la que pertenezco—dijo en una entrevista—es católica y nacionalista. Creo que la fuerza de un poeta es hoy, y espero que mañana lo siga siendo, mantener la eficacia de su propio *mythos*, su propia coloratura cultural y política, más que servir a una estrategia momentánea de sus líderes, de su organización paramilitar o de su propia entidad liberal. Creo que la poesía y la política son, de modos distintos, una articulación, un ordenamiento, una voluntad de darle forma a virtudes rudimentarias, prejuicios, cosmovisiones.”

En el oído del poeta, en su voz se afirma un lenguaje, es decir, un nosotros. No es extraño que muchos ensayos suyos toquen directamente este sentido de responsabilidad, ese llamado moral. *El gobierno de la lengua* se titula uno de ellos. Diálogo entre lo imaginario y lo palpable, viaje de los huesos a los espíritus, travesía de lo mítico a lo doméstico, su poesía cultiva una esperanza. A pesar de los

horrores, confía, con Simone Weil y Václav Havel, en que algo tiene sentido. Fascinación por los utensilios, las herramientas, los muebles, los trastos, ese vínculo íntimo del cuerpo con las cosas y el tiempo. Inquietud por los huesos, los fantasmas, los muertos. Una pluma que escarba y desentierra lo nutricio y lo macabro: la papa y los cráneos. En “El diván” recuerda una vieja silla que acuna generaciones. No es pieza intocable. Cualquier cosa, dice, podrá imaginarse de nuevo. Ahí está el servicio de la poesía. Dar ojos nuevos, dar forma fresca a lo heredado. La autoridad de la poesía no radica en su mando ni en su obediencia sino, como diría Miłosz, en su *encanto*. Hay milagros en el arte, como lo hay en el cactus que susurra lluvia:

Voltea el palo de lluvia y lo que pasa  
Es una música que nunca imaginaste  
En los oídos. En un tallo de cactus,

Aguacero, embestida a la esclusa,  
[derrame,  
Resaca. Y como si el agua tocara  
[la gaita  
Te quedas quieto: lo mueves otro  
[poco

Y un disminuyendo corre por todas  
[las escalas  
Como una coladera que dejara de  
[gotear. Y viene  
De nuevo, un salpicar de gotas desde  
[las hojas frescas;

Luego, perlas sutiles sobre pasto y  
[margaritas;  
Luego briznas esplendorosas, casi  
[alientos de aire.  
Voltéalo para el otro lado. Lo que  
[pasa

No sufre merma por haber pasado ya  
Una, dos, diez, mil veces antes.  
¿Qué más da si toda la música que  
[rezuma

Es caída de arena o semillas secas  
[por un cactus?  
Eres el hombre rico que entra al cielo

Por el oído de una gota de lluvia.  
[Oye, óyela de nuevo.

El ideal de su poesía fue “ser fuente de verdad y a la vez vehículo de la armonía”. Un artefacto humildemente poderoso, capaz, dijo en Estocolmo, de persuadirnos de la bondad, a pesar de las muchas evidencias del mal. La imagen descubierta, el ritmo que envuelve, el maridaje de los sonidos, la insólita asociación de las palabras es ya una “protesta contra la necesidad”. En su versión de *La cura en Troya* puede leerse esta confianza en el milagro:

Los hombres sufren  
Se torturan los unos a los otros,  
Se lastiman, se endurecen.  
No habrá poema, drama o canción  
Que remedie la injusticia  
Sufrida o cometida.  
[...]  
La historia dice: pierde la esperanza  
En este lado de la tumba.  
Pero, de pronto, una vez en la vida,  
La ola tanto tiempo esperada  
De la justicia puede levantarse,  
y lograr que la esperanza y la  
[historia rimen. —

**JESÚS SILVA-HERZOG MÁRQUEZ** (ciudad de México, 1965) es ensayista y politólogo. Escribe en *Reforma* y sostiene el blog *Andar y ver*. Es miembro de la Academia Mexicana de la Lengua.



## NOVELA

## Señas de identidad



**Antonio Ortuño**  
**MÉJICO**  
México, Océano, 2015,  
236 pp.

## EDMUNDO PAZ SOLDÁN

Borges creía que un cuento era una novela depurada de ripios, definición maliciosa que implicaba que esos ripios eran parte inevitable del paisaje de la novela. Antonio Ortuño (Guadalajara, 1976), uno de los más destacados escritores de su generación en el continente, escribe novelas como si tuviera el ánimo de contradecir a Borges: odia los tiempos muertos. Su quinta entrega, *Méjico*, no tiene uno solo. Todo es carne aquí, y muy jugosa: hay tramas pseudopolíticas y aventuras para regalar, entre las cuales destacan dos, conectadas por el hilo genealógico y migratorio de los españoles (o mejor, los “pinches gachupines”) y sus descendientes en México.

Una trama —aquella con la que comienza la novela, en Guadalajara en 1997— tiene que ver con Omar, joven mexicano descendiente de uno de esos españoles que, por meterse en un lío de amores con una prima lejana amante de un sindicalista, debe salir corriendo a España; el Concho, el guardaespaldas del sindicalista, está detrás de él. España es algo lejano —“nunca le ocupó la mente más allá del gusto por unos platillos, ciertas palabras y algunas cancioncitas: las mínimas señas de identidad inculcadas por su madre”—, pero tiene pasaporte español y eso se le antoja como una tabla de salvación.

La otra trama se inicia en Madrid en 1923 y sus protagonistas son Yago

y Benjamín, dos chicos que se reúnen para escuchar a don Ramón, editor de un pasquín llamado *Prensa Obrera*, porque a ambos les atrae su nieta, María. La historia recorre un par de décadas y su centro neurálgico está en el estallido de la Guerra Civil y el triunfo fascista, lo que llevará a esos muchachos —ahora milicianos republicanos— a plantearse huir de España, primero a Francia, donde se convierten en refugiados incómodos, y luego a México. En el ínterin, María se ha decidido por Yago, el personaje central de estas secciones; en medio de las guerras y el exilio, el deseo de venganza de Benjamín contra el hombre que le ha quitado la mujer de la que está enamorado será uno de los motores de la acción.

Ortuño es heredero de los escritores del *Boom*, y como tal estructura su novela intercalando las tramas y moviéndose con comodidad en el tiempo y el espacio: desde Madrid en los años veinte hasta Toledo y Guadalajara en el 2014, pasando por, entre otros lugares, París (1944), Santo Domingo (1945) y la ciudad de México (1946). Sus personajes están siempre en movimiento, pero eso no impide que el narrador tenga agudas observaciones sobre todo lo que pasa por su filtro. El tema principal es el de la nacionalidad, “esa alucinación”. Así, el narrador se fija en la aporía que es México, un país conocido por sus migrantes y exiliados, pero con “autoritaria ineptitud para comprender la condición del hijo de migrantes: para un mexicano, todo el que no se entusiasmará con los guisos típicos y mostrara indiferencia ante las fobias y pasiones nativas (amor por cierta música más o menos espantosa, odio por ciertos países más o menos antipáticos...) se convertía irreversiblemente en un alucinado, en un impostor, en un *mamón*”. El narrador también observa otra contradicción del mexicano: mantiene vivo el rencor a los españoles, pero los quiere “para casarse con sus hijas”.

Ortuño se roba argumentos del repertorio clásico: venganzas obsesivas, líos sentimentales. Para atar cabos no tiene reparos en recurrir a las coincidencias; tampoco profundiza en la psicología de ciertos personajes (¿da para tanto el deseo de venganza del Concho, o es más bien algo que necesita la trama?, ¿de verdad Benjamín odia tanto a Yago como para querer matarlo?). La historia puede que no sea particularmente original, pero sí lo es la forma en la que está contada. Podemos olvidarnos de tanta peripetia narrativa, pero no del lenguaje del narrador, tan cercano a las palabras que usan sus mismos personajes, tan implicado en la historia que está contando. Así como no hay puntos muertos en *Méjico*, tampoco hay una sola frase inútil. El lenguaje es chispeante y vigoroso, lleno de ingenio y picante: “decir la honesta policía era decir el caritativo verdugo, el impecable asesino, el buen destripador”; “salir de la cárcel era como salir del agua: mientras más tiempo te quedaras adentro más tardaba en desaparecer su peso”; la ciudad de México es “un cofre de joyas volcado en el lodazal”; “enrojecido por el sol salía de las aguas, chorreante como un Neptuno, una capa de pelo cano, hirsuto, recubriéndole el cuerpo y afeándole brazos y espalda”.

*Méjico* es relevante para comprender la situación del refugiado —hay páginas notables ambientadas en la Francia de la Segunda Guerra Mundial—, del inmigrante, y darse una vuelta tragicómica por la identidad nacional y sus falacias: se exige pureza para la adscripción ciudadana pero hoy casi todos son *gatonejos*, “una cosa que nació en un lado pero con los pies en otro y sus patas no se corresponden con sus orejas [...] una cruz, un bicho”. Hay que dejarse tentar por Antonio Ortuño y su aparentemente sencilla pretensión de contar una historia bien contada, a toda marcha, y quedarse por el

disfrute verbal, por esa potente voz narrativa que salpica cada una de las páginas de la novela. —

**EDMUNDO PAZ SOLDÁN** (Cochabamba, Bolivia, 1967) es escritor y profesor de literatura latinoamericana en la Universidad de Cornell. Su novela más reciente es *Iris* (Alfaguara, 2014).



## POLÍTICA

### Mitos, datos y relatos



**John M. Ackerman**  
EL MITO DE LA TRANSICIÓN DEMOCRÁTICA  
México, Planeta, 2015,  
320 pp.

#### ALBERTO FERNÁNDEZ

El 12 de junio de 2012, miembros del Observatorio Universitario Electoral, entre quienes figuraba prominentemente John Ackerman, presentaron los resultados de la encuesta de preferencias electorales que encargaron a la empresa Berumen y Asociados. La descripción fue bastante *sui generis*; los datos fueron organizados en rangos de preferencias y no solamente como promedios de los diferentes modelos estadísticos aplicados. Como el límite mayor del rango de preferencias de López Obrador (22.8 a 31.8%) se traslapaba con el límite menor del rango de preferencias de Enrique Peña Nieto (30.9 a 35.9%), aunque en los promedios el priista tenía seis puntos de ventaja sobre el tabasqueño (33.4 a 27.3%), los patrocinadores de la encuesta decidieron que su ejercicio estadístico mostraba un “empate técnico”.

Ante la controversia desatada por esta interpretación, John Ackerman y Edmundo Berumen acudieron al programa de Carmen Aristegui en CNN, donde el primero, tras revolucionar la industria de las encuestas con su definición peculiar de “empate técnico”, admitió sin reservas que una

lectura “más rápida” y “tradicional” —como acostumbra las encuestadoras— le daba la ventaja a Peña Nieto por seis puntos porcentuales. Esa lectura rápida y tradicional del promedio de la encuesta coincide casi por completo con la diferencia final entre ambos candidatos que arrojó el conteo oficial de los votos. Es decir, donde muchas —demasiadas— casas encuestadoras fallaron ridículamente, John Ackerman presentó una encuesta que acertó en predecir el margen de victoria del ahora presidente de México. Y sin embargo, en vez de reclamar el merecido crédito por este logro, Ackerman ha dedicado todo un capítulo de su nuevo libro a argumentar que las elecciones de 2012 muestran una situación de “fraude institucionalizado” en México.

Este episodio ilustra a la perfección lo que a mi juicio define mejor los escritos de John Ackerman: la evidente incomodidad, el descuido, los jalones entre el relato del autor y sus datos. El libro es una colección de momentos en los que Ackerman, después de adelantar un relato sobre la gravedad del país y los culpables, procede a desmantelarlo metódicamente con referencias a situaciones concretas. El ejemplo más notorio es el que le da título al libro. Dice Ackerman en su introducción: “Uno de los mitos más nocivos, que debilita la movilización social y limita el desarrollo de una conciencia crítica entre los mexicanos, es la idea de que en la última década y media, supuestamente ‘transitamos’ hacia un régimen político más democrático.”

Puestas así las cosas no hubo transición y los que defienden esta perspectiva tratan de desmovilizar y adormecer la “conciencia crítica entre los mexicanos”. Sin embargo, en el capítulo siguiente (“El retorno del dinosaurio”), nos enteramos de que bajo la “pluralidad democrática que imperaba hasta 2012” el Poder Legislativo tuvo el periodo más prolífico de su historia, acotando las prerrogativas del Ejecutivo; hubo “gobiernos divididos, se creó la Auditoría Superior de la

Federación, se dotó de autonomía a la Comisión Nacional de los Derechos Humanos, se aprobó una nueva Ley de Servicio Civil de Carrera y se impulsaron diversas reformas constitucionales históricas de gran calado en las materias electoral, de justicia penal, derechos humanos, juicio de amparo y acciones colectivas”. Parece entonces que los mexicanos tuvimos la fortuna de contar con el régimen autoritario más comprometido con la apertura política de la historia.

El libro es una continuación de las columnas semanales de Ackerman, lleno de relatos y comparaciones desorbitadas (Mao Zedong y Peña Nieto, por ejemplo), y frases muy estridentes. Lo mejor del John Ackerman académico, su discusión de la teoría jurídica del Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación (TEPJF), se ve eclipsado de antemano por el título del capítulo donde se inscribe. El autor afirma que el “marco jurídico en material electoral en México es infinitamente mejor que el de Estados Unidos” y que el TEPJF ha dado muestras de una “sofisticada teoría de la libertad de expresión” y de audacia procedimental, para luego criticar su conservadurismo al aplicar esas teorías de interpretación jurídica de avanzada a casos concretos, especialmente la fiscalización del financiamiento y la cobertura mediática durante la pasada elección presidencial. Aquí, Ackerman nos coloca en un terreno fértil para la crítica fundamentada y la discusión de alternativas. Aunque la cantidad de referencias con las que apuntala su análisis es limitada (catorce notas en todo el capítulo, cinco de ellas de sus propios trabajos), se nota que el autor está en su elemento. Al final, sin embargo, la conclusión solo repite el relato plano del inicio: en México se vive una situación de “fraude institucionalizado”, lo cual equivaldría a decir entonces que los puntos finos y los matices que analizó con anterioridad son irrelevantes.

Ackerman tiene intuitivamente razón en muchas cosas: nuestro país

vive años en extremo difíciles y padece una clase política en su mayoría rapaz y autoritaria. Las alternativas que plantea, sin embargo, son más difíciles de apreciar porque proceden de un voluntarismo radical y mucho *wisful thinking*. El pensamiento político de John Ackerman no ha florecido aún, pero las semillas están en varias partes de este libro: referencias a la construcción de una contrahegemonía popular al discurso neoliberal, la posibilidad de reelaborar el nacionalismo como una plataforma de inclusión social y vinculación con las luchas sociales en el exterior, la profundización de una teoría de interpretación jurídica para la defensa de la democracia y otras más. Quizá Ackerman pudo haber dividido este esfuerzo editorial para publicar dos libros: una recopilación de sus columnas, por un lado, y una discusión seria, profunda y en diálogo con las perspectivas contemporáneas sobre democracia y transformación social, por el otro, y así dar pie a un debate que le urge a la izquierda mexicana. Ojalá se anime para la próxima. —

**ALBERTO FERNÁNDEZ** es candidato a doctor en ciencias políticas en la New School for Social Research. Escribe la bitácora *Volante izquierdo* en el sitio de *Letras Libres*.



## HISTORIA

### Para descongelar la Revolución mexicana



**Renata Keller**  
MEXICO'S COLD WAR.  
CUBA, THE UNITED  
STATES, AND THE  
LEGACY OF THE  
MEXICAN REVOLUTION  
Cambridge, Cambridge  
University Press, 2015,  
274 pp.

#### ✎ RAFAEL ROJAS

A más de dos décadas de la caída del Muro de Berlín y de la desintegración de la URSS, la Guerra Fría se instala como uno de los grandes temas de la nueva historia hemisférica. En

su *The Cold War. A new history* (2005), John Lewis Gaddis observaba que si algo compartía ese conflicto con las dos guerras mundiales del siglo XX, especialmente con la segunda, era su dimensión planetaria. América Latina y, sobre todo, México, vivieron la Guerra Fría con una intensidad poco reconocida en los estudios históricos más aferrados a la estrecha perspectiva nacional.

La historiadora Renata Keller, graduada de la Universidad de Austin y profesora en la de Boston, se propuso reinterpretar el México de la Guerra Fría a través de uno de sus ángulos más notables: el impacto de la Revolución cubana y su radicalización comunista durante los sesenta y setenta. Aquellos fueron los años de mayores vaivenes en la política económica y en la estrategia geopolítica del gobierno revolucionario de la isla, pero también los de mayor radicalidad ideológica, no solo por medio de la alianza con la URSS y la asunción doctrinal del marxismo-leninismo, sino de la agresiva promoción de la vía socialista cubana entre las izquierdas latinoamericanas.

Una sólida tradición de estudios sobre las relaciones entre México y Cuba en esas décadas (Mario Ojeda, Olga Pellicer, Ana Covarrubias) ha sostenido que en México, a diferencia de la mayoría de los países latinoamericanos, el gobierno cubano limitó su activismo ideológico y político, a cambio de la preservación de las relaciones diplomáticas, rotas con casi toda la región tras el giro al comunismo entre 1960 y 1962. El estudio de Keller revisa ese consenso historiográfico a través de un detallado inventario de las diversas formas que adoptó la defensa y proyección del socialismo cubano en el México de los sesenta y de los apoyos y rechazos que el mismo provocó dentro de la sociedad y el Estado mexicanos.

El relato de Keller arranca el 18 de abril de 1961, cuando el expresidente Lázaro Cárdenas, por órdenes de Adolfo López Mateos, es

bajado a la fuerza de un avión, en el que se dirigía a Cuba a sumarse a la resistencia contra la invasión de Bahía de Cochinos. El incidente, así como la posterior manifestación multitudinaria que Cárdenas encabezó en el Zócalo, en solidaridad con Cuba, se describen como capítulos del surgimiento de una nueva asociación política, el Movimiento de Liberación Nacional (MLN), que, en alianza con el Partido Popular Socialista y el Partido Comunista, se perfilaba como una plataforma que presionaría al PRI por la izquierda con el fin de mover al nacionalismo revolucionario mexicano hacia el socialismo.

El MLN surgió luego de que las primeras redes de apoyo a la Revolución cubana en México, que incluyeron desde el líder ferroviario Demetrio Vallejo hasta el dirigente campesino Rubén Jaramillo, se reunieran, bajo el liderazgo de Lázaro Cárdenas y Vicente Lombardo Toledano, en la Conferencia Latinoamericana por la Soberanía Nacional, la Emancipación Económica y la Paz, en la ciudad de México, en la primavera de 1961. La conferencia montó un foro a favor del socialismo cubano, que alentó la apuesta mediática de la agencia oficial cubana Prensa Latina, que operaba en México desde el año anterior, de la revista quincenal *Política*, dirigida por Manuel Marcué Pardiñas y Jorge Carrión, y otras publicaciones afines, como *La Prensa*, *El Popular*, *El Diario de México* o *Siempre!*, así como de un grupo de intelectuales de izquierda (Fernando Benítez, Carlos Fuentes, Víctor Flores Olea, Pablo González Casanova), que veían en la influencia de Cuba una manera de descongelar la Revolución mexicana.

A través de despachos consulares y documentos desclasificados de la CIA, del Ministerio de Relaciones Exteriores de la isla y de los aparatos de seguridad del gobierno de López Mateos, Keller reconstruye

la oposición que el radicalismo pro-cubano generó en sectores moderados del PRI. Periódicos como *Excelsior*, *Ovaciones*, *Novedades*, *El Nacional* y *El Universal* trataron con frialdad o reserva al MLN y a la Conferencia Latinoamericana, mientras el PAN, la Iglesia católica, la Unión Nacional Sinarquista o el viejo Partido Revolucionario Anticomunista, fundado por Manuel Pérez Treviño, alertaban sobre la amenaza de una deriva marxista-leninista en México por la ascendencia cubana. Cuando, a partir de 1962, el MLN intentó reconstruir las bases del PRI con nuevas organizaciones como la Central Campesina Independiente o la Central Nacional de Estudiantes Democráticos, algunos partidarios iniciales del MLN como Lombardo Toledano, el viejo constitucionalista de Querétaro Heriberto Jara, además del expresidente Abelardo L. Rodríguez e hijos de Emiliano Zapata y Venustiano Carranza, rechazaron la cubanización de la izquierda en México porque desvirtuaba la ideología originaria de la Revolución mexicana.

Para mediados de la década, tras la creación del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, la isla representaba una alternativa marxista-leninista al nacionalismo revolucionario mexicano, abiertamente promovida por la embajada de la isla en el DF, como se evidenció en los varios viajes del canciller Raúl Roa a México. Una portada de la revista *Política*, en agosto de 1966, con una foto al fondo de Fidel Castro y Camilo Cienfuegos, decía textualmente: “¡Latinoamericanos! ¡El camino no es la Revolución mexicana!” La disputa entre las ideologías de ambas revoluciones que, ante la juventud de izquierda, presentaba a la mexicana como el pasado y a la cubana como el presente y, sobre todo, el futuro de América Latina, se ubicó, en buena medida, en el centro de la esfera pública del país durante la presidencia de Gustavo Díaz Ordaz (1964-70).

En contra de quienes subestiman el papel de Cuba en la radicalización de la izquierda mexicana en los sesenta, Keller encuentra múltiples conexiones políticas o ideológicas entre aquellas redes de “solidaridad”, operadas por la embajada cubana y la seguridad del Estado de la isla, con la guerrilla rural de Genaro Vázquez y Lucio Cabañas en Guerrero, el movimiento estudiantil del 68, la movilización de Corpus Christi en 1970, la Liga 23 de Septiembre y otras guerrillas urbanas comunistas, menos conocidas, que actuaron en Guadalajara, Monterrey y la ciudad de México. Ser “revolucionarios” para los jóvenes comunistas mexicanos de entonces, como Francisca Calvo Zapata, significaba ser como Fidel, Camilo y el Che y levantarse en armas contra el gobierno de Díaz Ordaz, que consideraban aliado de la Iglesia, la burguesía anticomunista y el imperialismo yanqui.

La tesis de Renata Keller no es, desde luego, que el gobierno revolucionario cubano exportó o fabricó aquella izquierda en México, como sostenían sectores conservadores del gobierno de Díaz Ordaz u organizaciones de la derecha estudiantil, como el Movimiento Universitario de Renovadora Orientación. La radicalización de la juventud mexicana formó parte de un fenómeno nacional y global, en los sesenta, con raíces al descubierto en la crisis del autoritarismo priista y en el rechazo a políticas hegemónicas de Estados Unidos en el hemisferio y el mundo, especialmente el apoyo a dictaduras militares latinoamericanas y la guerra de Vietnam. Pero el gobierno cubano, en resuelta promoción de su modelo de conquista y retención del poder, capitalizó y, en buena medida, instrumentalizó aquella radicalización con el fin de rebasar el nacionalismo revolucionario y reemplazarlo con el marxismo-leninismo, en tanto referente de una nueva izquierda guerrillera comunista.

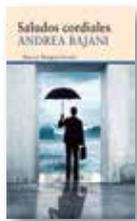
Por debajo de ese choque ideológico, Renata Keller cuenta una trama de cruces y fricciones entre los servicios de inteligencia de Estados Unidos, Cuba y México, que hacían del DF una capital del alto espionaje de la Guerra Fría. Por presiones de la CIA, los servicios secretos mexicanos detuvieron e interrogaron a Silvia Durán, una mexicana que trabajaba en la embajada de Cuba en México y que tuvo contactos con Lee Harvey Oswald, durante un viaje de este a México, dos meses antes del asesinato del presidente John F. Kennedy. El arresto de Durán generó protestas del canciller cubano Raúl Roa y del presidente de la isla, Osvaldo Dorticós, pero las relaciones entre ambos países salieron a flote. En 1967 y 1968, dos de los años más conflictivos del vínculo bilateral, por la movilización de la izquierda radical mexicana, las exportaciones de México a la isla llegaron al tope de la década con cerca de ochenta millones de dólares.

Más que una relación especial entre México y Cuba, durante la Guerra Fría, el libro de Renata Keller expone las claves del acendrado realismo con que ambos gobiernos condujeron sus políticas exteriores. Luego de una ofensiva dirigida a rebasar el nacionalismo revolucionario como enclave ideológico de las izquierdas latinoamericanas, La Habana comprendió que era simbólicamente más rentable la coexistencia que el conflicto entre los legados de ambas revoluciones. La preservación del régimen priista en los años setenta, ochenta y, sobre todo, noventa, tras la caída del Muro de Berlín, resultó una de las mayores ventajas geopolíticas para el comunismo cubano. Hasta la llegada de Hugo Chávez al poder en 1999, en Venezuela, México fue el principal aliado de La Habana en América Latina. —

**RAFAEL ROJAS** (Santa Clara, Cuba, 1965) es historiador y ensayista. Su libro más reciente es *Historia mínima de la Revolución cubana* (El Colegio de México/Turner, 2015).

## NOVELA

## Empresarios primitivos



**Andrea Bajani**  
**SALUDOS CORDIALES**  
Traducción de Carlos Gumpert  
Madrid, Siruela, 2015,  
120 pp.

## GUADALUPE NETTEL

La primera vez que Antonio Tabucchi leyó un libro del entonces jovencísimo Andrea Bajani, decidió escribir una carta para decirle cuánto le había gustado. No lo conocía personalmente, tampoco sabía nada de él, y sin embargo le bastaron esas páginas para saber que se trataba de un gran escritor en ciernes, en cuya prosa se veía reflejado. Esto ocurrió en 2007, desde entonces Andrea Bajani (Roma, 1975), se ha forjado una sólida carrera, reconocida por lectores tan exigentes como Enrique Vila-Matas, pero también por premios como el Brancati, el Recanati o el Bagutta. Las leyes de la edición son extrañas e imprevisibles y, por culpa de ellas, los lectores hispanohablantes hemos tenido que esperar casi diez años para empezar a leerlo. Por fortuna, hace un par de meses, la editorial Siruela tradujo al español su tercera novela.

La historia de *Saludos cordiales* es la de miles de empleados del mundo empresarial que constantemente se ven despedidos y lanzados hacia el desempleo, la pobreza y el desempleo médico. La novela comienza cuando Carlo, director de ventas de una compañía, es llamado a la dirección general para firmar su renuncia. Su abogado lo acompaña, pero esta medida no le sirve de nada: debe aceptar una liquidación ridícula y devolver todas sus “prótesis empresariales”: celular, llaves del automóvil, etc. A partir de ese momento, el

narrador, un exsubordinado de Carlo, entabla una extraña relación con él. Pocos días después le lleva a su casa las últimas cajas de su oficina y así es como descubre la vida privada de su antiguo compañero de trabajo. Este hombre cincuentón vive con Martina y Federico, sus dos hijos aún pequeños, en un departamento de la casi extinta clase media, y en muy pocos días deberá someterse a un trasplante de hígado. La operación se complica y el narrador se ve obligado a encargarse de los niños.

Así, de tanto acentuar los rasgos de la sociedad contemporánea, esta novela se convierte en una angustiante comedia. Gracias a la lupa de Bajani, el lector no tarda en comprender que el universo acartonado de la empresa tiene también un punto descabellado. El discurso del *marketing* y la política empresarial acaba semejándose al de una secta con ambiciones trascendentes: “y nos iremos cada vez más puros a buscar un espacio en el que retomar nuestra actividad productiva, cada vez más en plena tensión hacia lo absoluto. *Hoteling* [...] es una palabra salvífica, *Hoteling* es pureza y eficacia, limpieza, higiene y rapidez”. Este discurso contrasta con la descripción lacerante que hace el autor de los infraseres en los que se convierten los empleados: “En los pasillos solo hay gente que nada dice y nada hace. *Que* renquea en la cochambre de la deriva física, con los cabellos como hierbas marchitas y la curvatura hacia delante de quien se deja resbalar hasta los pies para completar el círculo con el cuerpo.”

Uno de los grandes aciertos de *Saludos cordiales* es el contrapunto que establece entre el asfixiante mundo empresarial y los juegos infantiles a los que el narrador se somete mientras cuida a los hijos del exdirector de ventas. De la misma manera en que no puede establecer límites a las exigencias de sus jefes, tampoco logra imponérselo a los niños con los que comparte la vida cotidiana. Por eso se ve involucrado en rituales infantiles

que van desde el juego de las escondidas hasta otros más desopilantes: “Hemos comido en la cocina desnudos, los tres. Martina me ha dicho que es lo que hacían con su padre una vez al mes, la cena de los hombres primitivos. Hasta que no vuelva, me toca a mí ser el jefe de los hombres primitivos.”

Gracias a su enorme capacidad para ponerse en los zapatos de sus compañeros de oficina, al narrador le encargan escribir las constantes e ignominiosas cartas de despido. Intentando escapar al tono solemne y taciturno del que suelen adolecer estas misivas, se empeña en subrayar el lado positivo de la situación: “Créame, Sparacqua, le envidio. Envidio el futuro que se abre ante usted. Envidio la posibilidad de sacar ese chándal del armario, ponerse esas zapatillas de gimnasia y volver a descubrir las cosas sencillas de la vida.” Las cartas, que siempre terminan con la fórmula de rigor “saludos cordiales”, resultan sin duda hilarantes, pero se trata de una risa oscura y nerviosa, no muy distinta de la que nos provoca Tabucchi en los cuentos que componen *Los volátiles del beato Angélico*. Ambos escritores comparten una gran ternura por el género humano, pero también una ironía y un humor negro que no deja indiferente al lector. A pesar de la densidad de su trama, la prosa de *Saludos cordiales* se desliza con gran ligereza, esa aparente simplicidad que solo consiguen los grandes escritores. Da la impresión de que cada palabra fue elegida por una buena razón y con muchísima ciencia. Esta impresión se acentúa en libros posteriores de Bajani, como *Miriconosci*, novela inspirada donde las haya, en cuya prosa convive la poesía con total libertad.

Han pasado muchas cosas desde la publicación en italiano de *Saludos cordiales*. Entre ellas la muerte de Antonio Tabucchi, pero también cosas buenas como la aparición de *Se consideri le colpe*, *Ogni promessa* y *La vita non è in ordine alfabetico*, libros de una gran sensibilidad, ternura, sentido del humor

y, sobre todo, una delicadeza impactante. Les aseguro, sin duda alguna, que Andrea Bajani es uno de los mejores escritores nacidos en la década de los setenta que yo haya leído. Además de la influencia de su mentor, en el tono de sus libros descubrimos otros linajes: Émile Ajar o Cesare Pavese, que como él escribieron hermosas tragicomedias sociales, pero también el humor amargo de Witold Gombrowicz. Aunque *Saludos cordiales* no sea su mejor novela, es sin duda una buena oportunidad de empezar a descubrirlo y adentrarse en esta obra magnífica que por fin está traducándose a nuestro idioma. —

**GUADALUPE NETTEL** (ciudad de México, 1973) es narradora y ensayista. En 2014 publicó dos libros: el ensayo *Octavio Paz. Las palabras en libertad* (Taurus) y la novela *Después del invierno* (Anagrama).



## NOVELA

### Patria, muerte y *camp*



**Alberto Barrera Tyszka**  
**Tyszka**  
**PÁTRIA O MUERTE**  
Barcelona, Tusquets,  
2015, 248 pp.

#### MIGUEL GOMES

La concesión del Premio Tusquets 2015 a *Patria o muerte* de Alberto Barrera Tyszka (Caracas, 1960) mucho hará para dar a conocer esta novela, aunque tal vez sirva más para divulgar los perfiles de una estructura de sentimiento común entre los afectados por los dieciséis años del régimen chavista. Esta obra se las arregla para capturar la sensación de temor de una antes extensa colectividad —la clase media venezolana de los sesenta, setenta y ochenta— depauperada o dispersa en el exterior. Pero lo hace con un talento

expresivo que reclama nuestra atención independientemente de toda cuota testimonial.

La vocación por las duplicidades signa la narrativa de Barrera Tyszka y en cada una de sus novelas podría rastrearse. En *También el corazón es un descuido* (2001), por ejemplo, tenemos la tensión que se establece entre los protagonistas, el psicótico venezolano encarcelado en Estados Unidos acusado de espantosos asesinatos y el compatriota que viaja para entrevistarlo. En *La enfermedad* (2006) no solo hay dos anécdotas paralelas, sino que las partes de la historia son dos y dos han sido los terrenos de interpretación en los que sus lectores han insistido: el intimista y el público. *Patria o muerte* ahonda en esos hábitos transportándolos a un nivel superior de eficacia y ambigüedad. Las señales formales son constantes. Repárese en la disyuntiva del título. O en que la novela esté dedicada a dos personas. O en el epígrafe, tomado de Rafael Gumucio: “Yo no puedo creer que esto sea la

JEAN RACINE

## Atalía y Fedra



Traducción de Tomás Segovia



EL COLEGIO DE MÉXICO  
RECONOCEN SIN NOMBRE

**EL COLEGIO  
DE MÉXICO**

<http://libros.colmex.mx>

muerte, la muerte de la que tanto hablo, de la que tanto espero.”

Luego de tal preparación, las primeras páginas trazan la circunstancia política corroborando el reino del doblez, donde lo *uno* transita a lo *otro*: “Chávez indicó que el tumor se había extraído y que él se encontraba en franca y entusiasta recuperación. Luego comenzó a hablar de la patria y de sí mismo, de sí mismo y de la historia, de la revolución y de sí mismo, de sí mismo y de Fidel Castro, hasta terminar con un nuevo grito de batalla: ¡Por ahora y para siempre! ¡Viviremos y venceremos!”

Lo que en el pasaje precedente se manifiesta con proliferantes copulativas en el resto de la novela surge en múltiples dominios del lenguaje. Los personajes, nótese, enuncian la índole paradójica del entorno—una Venezuela en que la política se convierte en perenne espectáculo—: “Lo mío es la realidad, no la ficción”, exclama Fredy Lecuna, periodista; “Te equivocas: todo es ficción, incluso la realidad”, le responde su editora, poco antes de incitarlo a que escriba un libro sobre la enfermedad de Chávez. El narrador, igualmente, se arroja en los brazos de esa intercambiabilidad al poner a uno de sus personajes de ficción a estudiar una biografía de Chávez, cuando los lectores de Barrera Tyszka a duras penas ignoramos que él y Cristina Marcano son autores de la más importante obra de ese tipo.

Mención especial merece el tratamiento de las alegorías nacionalistas, donde se observa una radical duplicidad que nos lleva desde el usual establecimiento de analogías entre lo narrado y la ideologización del acontecer social hasta una implosión de los alegoremas que se entresacan de la novela. Recordemos que la etimología de la palabra compuesta de *allos* y *agoreuo* indica un “hablar de otro asunto”. Tal otredad abunda en *Patria o muerte*, como se desprende de los roces del título con la trama: en esta, se

reajustan los significados que aparentan tener los dos sustantivos ligados por la conjunción; las muertes heroicas evocadas por el *cliché* dejan de serlo al darnos cuenta de que abordamos, más bien, las desventuras cotidianas de los venezolanos durante la misteriosa agonía del gran líder y en medio de una deteriorada existencia material y afectiva. “El miedo se reproducía de manera desordenada. Como una metástasis.” El comentario del narrador terciopersonal desde el punto de vista de Lecuna —a la hora de pensar en las actividades cubanas en Venezuela— insinúa la conexión entre la enfermedad del caudillo y las patologías de la tribu, y regresa en las disputas que tienen entre sí los hermanos Sanabria: “Tú todavía no has entendido nada, Miguel. Estamos hablando de un hombre fuera de lo común, de un tipo del tamaño y de las dimensiones de Bolívar”, dice el chavista; y masculla el antichavista Miguel, oncólogo de irónico apellido: “No me jodas. Chávez es tan ególatra que no soportó estar enfermo él solo: contagió a todo el país.” La escaramuza lleva en sí la marca de lo doble, *emparentando* una alegoría del imaginario oficial, en la que Chávez equivale a Bolívar, a una del imaginario opositor, donde Chávez encarna el cáncer de la democracia.

El humor de Barrera potenciará el vértigo de otredades al proyectar la seriedad trascendental de la alegoría a los predios del más salvaje y gozoso *camp*. Ello basta para resaltar la maestría del narrador porque, si uno de los núcleos de las acciones se relaciona con videos secretos que revelarían a un Chávez no invicto ni “Comandante Eterno”, sino humanizado por el terror a la muerte en una cama de hospital, ese mismo filón argumental nos fuerza a vislumbrar una alegoría que aterriza en lo abyecto y viscoso: “Porque los dioses no tienen cuerpo —exclama Miguel Sanabria—, los dioses no gritan de dolor, no sangran por el culo, no lloran.”

No solo la distonía de amalgamar lo alto con lo bajo nos instala en el *camp*, sino también la sorna con que se manipula la cursilería. El narrador constata que Chávez participa de “una alegoría puntual”. Dicha alegoría populista se vale de emociones, no de raciocinio: “Un poco más allá, se alzaba una valla con una inmensa foto del Comandante Presidente: *Chávez, corazón de la patria*.” Barrera Tyszka reconoce el potencial crítico que el lugar común tiene cuando lo acoge una escritura como la de *Patria o muerte*, cuestionadora de fórmulas desde su título. El final de la historia, la contemplación de la pareja genesiaca luego de la descripción de una hecatombe nacional, dos niños que cargan en su equipaje la prueba de una gran mentira y encaran el porvenir, no hace sino remitirnos a *clichés* similares, codificados por los *mass media*. El narrador copia, así, las estrategias del lenguaje oficial sensiblero mientras hace visible el horrendo vacío interior de este. En esa nada hallamos la verdadera fuente del temor que recorre las páginas de esta novela. —

**MIGUEL GOMES** (Caracas, 1964) es escritor y profesor de literatura en la Universidad de Connecticut. Ha publicado, entre otros libros, *Cuentos de ánimas y lugares perdidos* (Lugar Común, 2013).

## ENSAYO

### Contagio del fervor



**Fernando Savater y Sara Torres**  
AQUÍ VIVEN LEONES.  
VIAJE A LAS  
GUARDIAS DE LOS  
GRANDES  
ESCRITORES  
Barcelona, Debate,  
2015, 216 pp.

#### ✎ FERNANDO GARCÍA RAMÍREZ

Este no es un gran libro de Fernando Savater (San Sebastián, 1947). Es uno más que se agrega a sus casi ochenta

títulos publicados. Y, como suele ocurrir con este autor, nos ofrece lo de siempre: inteligencia, buen humor, vivacidad, capacidad de asombro, amabilidad con el lector, cultura, ironía. No es un gran libro, es cierto, pero en cambio es un libro enormemente disfrutable. Un libro sobre libros. Sobre los autores de esos libros. Sobre las ciudades en las que vivieron, las calles que transitaron, las casas donde habitaron, sus escuelas, bares y cafés. “¿Fetichismo? Pues adelante con el fetichismo, que también es una forma de amor. O mejor dicho, cualquier amor siempre es una forma de fetichismo.”

*Aquí viven leones* es un libro de aventuras. Y es sabido que no hay aventuras sin viajes. Lo mismo visita el palacio de Recanati donde nació Leopardi que conoce los departamentos y casas que ocupó en sus andanzas diplomáticas Alfonso Reyes en París, Madrid, Buenos Aires y Río de Janeiro. La Nueva Inglaterra de Edgar Allan Poe y la Galicia de Valle-Inclán; la Normandía de Flaubert y la Viena de Zweig. Aventura doble: los lugares que visita nos remiten a los libros que escribieron los autores asediados. No se pierde Savater en explicaciones respecto a la influencia que los sitios y paisajes dejaron en los autores. En vez de eso da cuenta de esa huella en los libros y también de cómo esos lugares cambiaron gracias a que ciertos autores vivieron ahí o situaron en ese lugar sus relatos o poemas. El arte copia a la naturaleza y viceversa. Y como buen turista japonés Savater saca su cámara y retrata el busto, la recámara, la fachada del edificio, el apartamento en el que por las tardes departían Sigmund Freud y Stefan Zweig.

Este libro prolonga —y mejora— uno anterior: *Lugares con genio* (Debate, 2013). En aquel libro, afeado un poco por errores y erratas, Savater recorrió la laberíntica Praga de Kafka, el Buenos Aires de Borges, el Santiago crepuscular de Neruda, la Lisboa triste de

Pessoa, la Florencia de Dante, la caótica ciudad de México de Octavio Paz, etcétera. Cada capítulo (un autor y su ciudad) contiene la descripción del viaje, entrevistas con conocedores de la obra del autor visitado, comentarios críticos sobre los libros y su relación con la ciudad, material que sirvió de base a una serie de documentales para la televisión (disponible en YouTube). Quisimos hacer, dice Savater, “un libro culto pero sin academicismos, con toques populares en la parte de la imagen (genial la idea de Sara de incluir un pequeño cómic sobre una obra de cada autor)” y “que intentase contagiar a los lectores nuestro fervor por los autores”.

Desde su primer libro: *Nibilismo y acción* (1970), cuyo último capítulo es un vibrante alegato sobre “Ahab como ejemplo”, Fernando Savater dejó muy en claro que el lenguaje no es solo vehículo del pensamiento sino también expresión, estilo, más aún: literatura. En ese primer e impetuoso libro juvenil convivían, no diré que tranquilamente, las menciones de Nietzsche y Kafka, Adorno y Beckett, Russell y Carroll. Si alguna razón había que aportar a favor de una causa o demostrar la sinrazón del nacionalismo, por ejemplo, el recurso estilístico fue su ariete. Literario es su estilo, los autores que más goza y, en ocasiones, sus temas. Literatura que va de Paul Valéry a Michael Crichton y sus dinosaurios, de Saint-John Perse a Groucho Marx.

¿Qué es lo que une a autores tan dispares como Shakespeare y Valle-Inclán, Agatha Christie y Leopardi, Alfonso Reyes y Edgar Allan Poe, Flaubert y Zweig? Lo mismo que une a los veintidós autores visitados en *Lugares con genio* y a los veintiséis filósofos glosados en *La aventura de pensar* (Debate, 2008): el fervor. La pasión que a Fernando Savater le despiertan las obras de determinados autores, en un abanico muy amplio, sube al nivel del

fervor contagioso. En este punto su entusiasmo se encuentra con el de Gabriel Zaid, quien ha escrito sobre el mejor modo de fomentar la lectura: por contagio, que los que ya leyeron —como ocurre en una epidemia— contagien de lector a lector el virus de lo leído. Porque de lo que se trata es, a través de una conversación animada por el fervor, de llevar el lector al libro, a cualquiera de los cientos que menciona en este volumen, que Fernando Savater va comentando con amabilidad, ironía e inteligencia.

Al momento de escribir el libro, Sara Torres, su mujer, enfermó de gravedad. Todavía alcanzó a hacer el viaje a Nueva Inglaterra para visitar los lugares de Poe, entre ellos su tumba. “Sara se acercó a la lápida e hizo una leve caricia de despedida al retrato de Poe grabado en ella. Fue un gesto tan suyo, tan lleno de su infinita gracia hecha de inocencia y pasión, que no puedo recordarlo sin lágrimas. Lágrimas de amor y de gratitud por haberla conocido.” Sara Torres murió antes de terminar el libro. En la portada conviven los nombres de ambos. No puedo imaginar el dolor de su pérdida. En entrevistas Savater ha comentado que ya no quiere escribir más, que este es su último libro. Comparto, en la medida que lo he acompañado en sus casi ochenta entregas, su infinita pena, la siento como la muerte de una amiga cercana. Ojalá que se imponga la vida. Ojalá que regrese la alegría. No sé qué pase en el futuro, nadie lo sabe. De lo que estoy seguro es de que en algún momento, un guía al frente de un numeroso grupo de fervorosos lectores, en visita a San Sebastián, señalando una casa les dirá: “Miren, allá en esa casa vivieron Sara y Fernando: allí vivían leones.” —

**FERNANDO GARCÍA RAMÍREZ**

(Durango, 1963) es crítico literario y consejero editorial de *Letras Libres*. Elaboró y prologó *Leer*, antología de Gabriel Zaid (Océano, 2012).